



LA RIQUEZA DEL TALENTO.

—¡Qué hermosas deben ser las riquezas! decía una tarde Eduardo á su hermano Fernando. ¡Oh! daría cualquier cosa por poder llegar á ser un Roschild ó un Creso.

—Pues yo, contestó Fernando, no ambiciono tanto ser rico, pero en cambio, todo lo daría por tener mucho talento y llegar á ser un sábio.

—¡Vaya un capricho! Con el dinero se halla todo lo que uno puede desear, no tiene uno que calentarse la cabeza estudiando la historia y la aritmética, y solo sí ocuparse en distraerse y divertirse.

—Sí, pero el sábio es considerado por todos, y cuando se muere pasa su nombre á la historia, en donde vive eternamente, respondió Fernando.

—Será así, dijo Eduardo, pero me parece preferible ser muy rico y darse buena vida, que no ser sábio y vivir siempre estudiando y quizás lleno de privaciones.

—No consigues convencerme.

—Pues eres un tonto, y ya verías si yo pudiera ser rico y tú sábio, quién de los dos estaba mejor. Yo por mi parte

preferiré siempre la riqueza al talento.

—Y dime, Eduardo, dijo el padre de los dos niños, que los había estado escuchando; ¿crees tú que Fernando no ambiciona también la riqueza?

—No, papá, contestó el interpelado.

—Pues yo creo que sí, solamente que es más ambicioso que tú, y desea otra riqueza de más valor y más duradera que la tuya.

—¿Y qué riqueza es esa? preguntó Eduardo.

—Esa riqueza es la riqueza del talento. Es la mayor riqueza del mundo, y sus tesoros, una vez adquiridos, no se pierden jamás; por el contrario, mientras más tiempo pasa, más valor tienen.

El dinero se pierde, se gasta, el talento crece, se aumenta.

El talento es, sin embargo, como un buen terreno, como una magnífica mina. Para que produzca la riqueza que encierra, es necesario cultivarlo. Es menester trabajarlo como se trabaja el campo ó la mina, solamente que el arado ó el pico es el estudio, y la mies ó el mineral que produce se llama cien-

cia, se llama sabiduría, y de esa ciencia, de esa reina del mundo, nacen los grandes inventos y las grandes obras que llegan á asombrar al universo por lo atrevidas; y nacen, en fin, como producto de esos inventos y de esas obras, las riquezas que tanto ambicionas.

Pero el valor del oro no es nada junto al valor de la ciencia.

¿De qué te serviría el dinero si no fuera por la ciencia? ¿Qué comodidades te proporcionaría? Ninguna. Si no hubiera habido hombres que han sacrificado su vida, por decirlo así, en aras de la ciencia; si no se hubieran dedicado á arrancarle á fuerza de estudio, de paciencia y de observacion sus mas íntimos secretos á la naturaleza; si nadie hubiera pensado mas que en sí mismo; si nadie se hubiera ocupado en buscar las causas de los mil fenómenos que se efectuan diariamente en los tres reinos de la naturaleza, hoy dia nos hallaríamos como los brutos, teniendo que guiarnos como ellos por el instinto.

Si no fuera por esa ciencia que parece que tienes en menos, no se vería Europa cruzada en todas direcciones por esa especie de serpiente de fuego llamada locomotora, que lleva la ilustracion á todas partes, y aumenta la riqueza y el comercio de los paises que recorre.

Pues bien, todos los tesoros de la tierra no hubieran sido bastantes para crear y dar movimiento á esa masa de metal, si no hubiera sido por la ciencia, si no hubiera sido por hombres que se sacrificaron por ella, si no hubiera sido por Stephenson que construyó la primera locomotora, y el cual pasó su vida discurriendo la manera de ser útil á sus semejantes, y procurando primero esto que su propia utilidad.

Y si hoy dia podemos transmitir nuestras ideas de un extremo á otro del globo con la rapidez del rayo, es gracias á la electricidad, gracias á la ciencia, gracias al cultivo de ese vasto campo llamado talento.

Es verdad que si no se le cultiva, le pasa lo que á un diamante en bruto, ó lo que á una máquina muy buena que no se sabe manejar. El diamante conserva su valor, así como la máquina, pero ni el primero puede brillar ni la segunda ser útil.

El talento es un capital, que si no se emplea en alguna cosa de provecho, no produce.

Despues de esto, hijo mio, y para que veas cuánto mejor es la ambicion de Fernando que la tuya, voy á contarte lo que les pasó una vez á dos viajeros, lo cual viene ahora muy á propósito.

Hace algunos años, naufragó un buque que iba á California, el cual, despues de ser arrastrado por una terrible tempestad, fué á estrellarse en unas islas desconocidas de todos los marinos. De toda la tripulacion no se salvaron mas que dos personas; la una era un potentado, que contaba por miles los esclavos, pero ignorante como pocos, envanecido con sus riquezas, uno de esos hombres, en fin, que no comprenden pueda haber nada superior al dinero. El otro era un hombre que habia vivido siempre dedicado á las ciencias, y el cual no encontraba nada superior á sus libros y á sus cálculos. Estos dos fueron los únicos que se salvaron, pero el uno fué á parar á una isla y el otro á otra, sin que ninguno de los dos supiera la existencia del otro. El primero, ignorante de todo, murió de hambre y de exasperacion; el segundo, constante observador de todo,

encontró bien pronto su sustento en las plantas y raíces que sus largas vigiliass le habian enseñado á conocer, se construyó una choza, halló árboles cuya resina sabia que le podia servir para alumbrarse, y vivió durante algunos meses en aquella isla desierta, hasta que tuvo la fortuna de que un buque viera aquellas islas y se aproximara á reconocerlas, encontrándosele á él que le salia al encuentro en un bote que habia construido con los restos del buque náufrago. Entonces fué cuando supo que no habia sido él solo el que se habia salvado en el naufragio, pues encontraron el cadáver del otro viajero.

Si no hubiera sido por su talento y

por su ciencia, quizás le hubiera pasado á él lo que al otro náufrago, que pasaria quizás por junto al árbol ó la raiz con que podia mantenerse, sin sospechar que aquello fuera su sustento.

La riqueza, hijo mio, es muy buena, pero no produce ciencia, y la ciencia produce riqueza material y beneficios para nuestros semejantes.

Si fuera posible que te dieran á escoger entre la riqueza del oro ó la riqueza del talento, darias pruebas de ser un necio si no escogias la última; pues esa no nos abandona nunca, no merma jamás por mas que repartamos sus productos á nuestros semejantes, y sus beneficios nos acompañan mas allá de la tumba.

F. VARGAS.

MOISÉS EN EL NILO.

I.

¡Triste pueblo israelita!
De la cumbre esplendorosa
Donde con Josef un tiempo
Brilló en era no remota;
Tan veloz como la peña
Que al abismo se desploma;
Rayo que desde las nubes
De la tierra al seno toca;
Así descendido habia
Por pendiente ignominiosa,
Del cetro egipcio sufriendo
La esclavitud y deshonra.
Y no sólo sus tiranos,
Con envidia torpe y loca,
Aherrojado le tenian
En rudas serviles obras,
Sino que viéndole entonces
Propagarse cual las olas
Que la mar tendida pueblan
Cuando el huracan la azota,
Ciegos mandaron, con ira
De precitos seres propia,
Lanzar los reciennacidos

Del Nilo á las simas hondas.
¡Feroz crueldad do entre llanto
Vió la humanidad absorta
Las tinieblas de la mente,
Del corazon la ponzoña!

II.

Era Jocabel la hebrea,
Del levita Amram esposa,
Madre de angélico niño,
De faz embelesadora.
Tres meses pasados habian,
Siglos de amarga zozobra,
Desde que sus bellos ojos
Hirió la primer aurora.
Mas esquivar no pudiendo
Ley tan fiera y pavorosa,
De Jehová en la providencia
Vieron su esperanza toda.
Labraron con junco y mimbres
Cuna de ligera forma,
De negra pez embreada
Como navecilla tosca.
En ella, dormido el niño

Con santa paz candorosa,
Dejaronle en un remanso
De las cristalinas ondas.
Y en tanto que se alejaban
Por aquella verde costa
Los dos desolados padres,
Presa de muda congoja,
La tierna y dulce María,

Del niño hermana amorosa,
Como vigilante guarda
Quedóse escondida y sola.
Oh cuán profunda tristeza
Sentia devoradora!
Mas no! ¡Buscaba en el cielo
La paz que del cielo brota!



III.

La tarde apacible cae:
Rojo sol las nubes borda:
Murmuran los sicomoros:
La brisa desparce aromas;
Cuando entre esbeltas doncellas
Que régio séquito forman,

Princesa hermosa y clemente,
De Faraon hija y gloria,
Llega á la margen del rio,
Do crecen palmas pomposas,
A bañarse en los raudales
Que la azul esfera copian.
Oh pasmo! ve aquella cuna
Que sobre las aguas flota:

Reflejase en su mirada
 La bondad que la avalora.
 Y no bien con ansia ordena
 Que al bello infante recojan;
 No bien su cándido rostro
 Besa en lágrimas piadosas;
 Cuando á sus plantas cayendo
 María, al par que solloza,
 «¡Quieres, prorumpe, oh princesa,
 Tú á quien la virtud corona,
 Que tierna mujer te traiga
 Que cual madre cariñosa
 Lacte el fortunado niño
 Por quien claras perlas lloras?»
 Y apenas ha pronunciado
 «Sí» su dulcísima boca,
 Cuando del amor en alas
 Con Jocabed luego torna.
 «¡Aliméntenlo tus pechos!»
 Dice la princesa hermosa:
 Y Jocabed le recibe,
 Y alzando los ojos, ora.

IV.

¡Arcanos inescrutables
 De eterna misericordia,
 Que para el hombre se velan
 De lo futuro en la sombra!
 Aquel niño, abandonado
 Sobre la corriente undosa,

De Faraon en la córte .
 Ser debia ornato y honra.
 Allí su mente las ciencias
 Profundizó escrutadora,
 Y allí Dios le disponia
 Para hazañas portentosas.
 Él fué cariñoso padre,
 Y caudillo de victorias,
 Y legislador sagrado,
 Y guia consoladora
 Que á Israel por el desierto
 Llevó en marcha milagrosa
 De la TIERRA PROMETIDA
 Á las anheladas zonas.
 Él fué ¡MOISÉS! ¡Nombre santo,
 Faro inextinguible, antorcha
 Que su luz vierte en la cuna
 De la humanidad llorosa!
 ¡MOISÉS! Nombre recibido
 De su egregia salvadora,
 Que *sacado de las aguas*
 Al orbe dice y pregoná.

V.

¡Señor! suscita otro Santo
 Que las cadenas hoy rompa
 De tu Iglesia, y la conduzca
 Do sólo tu nombre se óiga.

ANTONIO ARNAO.

LA NATIVIDAD.

Con razon celebra el mundo cristiano la fiesta del 25 de Diciembre como la mas grande entre las grandes. Aniversario del hecho que mas influencia ha tenido en los destinos del género humano, ese dia celebra el mundo, al mismo tiempo que su regeneracion, el misterio de la redencion del hombre.

El pecado de nuestros primeros padres habia privado de la gracia á sus descendientes. La raza humana decaida,

sufria el castigo impuesto por Dios á Adan y Eva, pero en medio de su pesar al verse desterrada de la pátria celestial, tenia el inmenso consuelo de una esperanza. Esta esperanza consistia en la tradicion, que habia enseñado de padres á hijos que al dictar el Omnipotente la terrible sentencia, habia dicho al reptil tentador:

Yo pondré eterna enemistad entre ti y la mujer, y entre tu descendencia

y la suya, y ella aplastará tu cabeza.

La promesa de la redención era terminante, y no podía dejar de cumplirse.

Y se cumplió.

La raza humana nunca lo había puesto en duda.

David y Salomón cantaron con acento profético el misterio del nacimiento del Hijo de Dios, y los profetas Elías e Isaías también lo anunciaron.

El mundo todo lo esperaba.

Y llegó por fin el ansiado día.

Y María dió á luz un niño que nació en un establo de la ciudad de Belén.

Aquel niño era el Hijo de Dios, que venía al mundo para morir por la Redención del género humano.

Nació tan humilde porque venía á enaltecer la humildad.

Nació tan pobre, porque venía á santificar la pobreza.

Nació tan débil, porque venía á conquistar el mundo por medio del amor.

Aquel niño se llamó Emmanuel, que quiere decir «Dios con nosotros.»

Los pastores y los reyes le adoraron, ofreciéndole oro, incienso y mirra.

La noticia de su nacimiento llegó hasta Herodes, rey de Judea, el cual se alarmó temiendo que un niño que nacía rodeado de las extraordinarias circunstancias que se le atribuían, pudiera ser un peligro para la dominación de Roma.

Y apeló al recurso extremo de hacer matar á todos los niños recién nacidos.

Pero María, avisada por un ángel del peligro, huyó á tiempo y salvó á su hijo.

Y el niño creció y predicó la verdadera religión, y el resultado de sus predicaciones justificó el temor de Herodes, porque no solo el poder de Ro-

ma, sino todo el mundo pagano se hundió destruido por la fuerza del cristianismo.

Los falsos dioses huyeron avergonzados ante la luz del Evangelio, y todo el poder de los emperadores romanos no bastó á impedir su caída.

El mundo estaba salvado, y cumplida la promesa de la Redención.

El nacimiento del Hijo de Dios es el nacimiento de la verdad.

El mundo, sumido hasta entonces en las tinieblas de la ignorancia y de la esclavitud, se vió por este acontecimiento libre é iluminado por la luz de la verdadera ciencia.

Las almas tuvieron desde entonces una aspiración definida, y el verdadero progreso humano comenzó en el momento su magestuosa marcha á través de los siglos, porque tuvo un objeto determinado, el perfeccionamiento del género humano por medio de la religión y la moral del cristianismo.

En vano la tiranía alarmada por una doctrina que proclamaba que todos los hombres somos hermanos, preparó persecuciones é inventó tormentos.

El poder humano, por grande que sea, no llega jamás á ejercerse sobre las almas, y los mártires del cristianismo sabían que cuanto mas pronto terminara su peregrinación por la tierra, mas pronto llegarían á gozar de la presencia de Dios.

Y una vez arraigada esta creencia en los corazones, el paganismo estaba vencido.

Y aquellas legiones romanas que habían llegado á creerse invencibles, que estaban acostumbradas á hacer de sus capitanes los dueños de todo el mundo, se sintieron impotentes ante la palabra del Redentor, llevada á todos

los ámbitos de la tierra por doce pobres pescadores.

Los emperadores que desde el Capitolio imponían su voluntad á todos los pueblos, sintieron que se les caía la púrpura de los hombros.

Y todo el mundo pagano debió estremecerse al escuchar el eco de los primeros vagidos de aquel niño que acababa de nacer en un establo.

Por eso la fiesta de la Natividad es la mas grande que celebra el mundo.

Ella recuerda al hombre la prueba mas grande que ha recibido del amor de Dios.

Y si todos los dias estamos obliga-

dos á adorar á nuestro Creador, parece que este deber es todavía mas grande en tan santo aniversario.

Mucho mas pudiéramos decir acerca de este asunto, si no entendiéramos que nuestros infantiles lectores no están en el caso de comprender todas las consideraciones á que se presta, y que no dejarán de escuchar acerca de él las necesarias explicaciones de labios de sus madres, que son las que mejor saben hablar á los niños.

E. ZAMORA Y CABALLERO.



La Noche-Buena en el pueblo.



LA PINTURA.

Entre las bellas artes, la pintura ocupa por derecho propio un preferente lugar.

Los niños tienen regularmente desde su mas tierna edad gran aficion á la pintura; lo malo es que satisfacen esta aficion pintando en las páginas y en las cubiertas de sus libros de estudio caras inverosímiles, muñecos absurdos, militares que nada tienen de bizarro en su apostura, y otros excesos. La aficion no tiene nada de malo, muy al contrario, pero es preciso que desde el principio se dirija á los niños y se les vaya formando el gusto, poniéndoles á la vista buenos grabados y litografías, y estimulándoles á copiarlos, para lo cual no importa que estropeen unos cuantos cuadernillos de papel.

Todo lo que sea estar ocupado y entretenido es bueno. Los niños que no tienen aficion ni á la pintura, ni á la música, ni á otra cosa mas que á los juguetes, suelen hacerse poquito á poco muy holgazanes.

Pero el niño que se dedica al dibujo, aunque solo sea por entretenimiento, y no abandona esta aficion, llega lentamente á adquirir cierto buen gusto, cierta habilidad que pueden serle muy útiles.

Si es rico, y no tiene por necesidad que trabajar, tendrá siempre un medio de entretenerse útilmente.

Si en la carrera á que se haya dedicado sufre contratiempos, tendrá siempre un recurso en la pintura, aunque desgraciadamente no son en España las bellas artes las que mas provecho proporcionan á los que las cultivan.

Y, ¿quién sabe? puede que el niño, que pintarrajeaba monigotes, llegue á ser una verdadera notabilidad y á dar gloria á su patria.

La pintura y la música son dos artes nobilísimas que los niños deben considerar con respeto, y á las que les conviene dedicarse, aunque luego haya de ser otra su profesion.



EL INVIERNO.

Juanito es un niño muy friolero. Siempre que voy á su casa le encuentro todo encogido, con su gaban con pieles, con su bufanda, con su gorrita de abrigo, y sentado junto á la chimenea.

Y no es eso lo peor, sino que á pretexto de que siente mucho el frio, hace todo lo posible por no ir al colegio la mayor parte de los dias; pero no tiene él la culpa, sino sus padres que se lo consienten.

Aseguro á Vds. que me da pena ver á Juanito. Se lava con agua caliente, bebe agua templada, no se quita los guantes de abrigo ni para comer, duerme con medias y con la cabeza debajo de las sábanas, y en fin, se está criando hecho un cobardon, y enfermará seguramente, porque su método de vida no tiene nada de higiénico.

Y todo lo deberá á la buena posicion y á la tolerancia de sus padres, que le

consienten todos los caprichos y le dejan hacer á su antojo.

Ese niño será siempre opuesto al trabajo, y si llega á verse pobre algun dia, echará mucho de menos las comodidades y los mimos de que estuvo rodeado en su infancia, y acaso culpará á sus padres porque no le supieron corregir.

Un dia voy á llevarle yo, si consigo hacerle salir en invierno, que sí saldrá si va en coche, á un pueblecito cercano donde conozco á un pobre anciano que con su nietecita vive en una pobrísima cabaña, y que no tienen mas lumbre que la que hacen por la noche cuando vuelven del trabajo trayendo ramas secas del bosque.

La pobre niña es tan tierna y delicada como Juanito, y va descalzita y apenas lleva abrigo, y sin embargo no teme al frio, y siempre está dispuesta á trabajar y ayudar á su pobre abuelito.

Considere, pues, Juanito, que hay niños sin abrigo, sin lumbre, sin zapatos, que en lo mas crudo del invierno, trabajan y arrostran la inclemencia del tiempo, y acaso se corregirá de su cobardía y de su pereza, dando muchas gracias á Dios que ha dado á sus padres medios de vestirle, mantenerle y educarle, mientras otros hermanos suyos se mueren de hambre y de frio.

LO QUE PUEDE UNA MUJER

(CONTINUACION.)

VII.

¡LA LIMOSNA!

Pasaron muchos dias, y Rosita no volvió á saber de su marido.

—¡Ah! decia: bien temia yo que no harian en él efecto alguno mis reflexiones. Cuando un hombre llega á ese extremo de degradacion, solo un milagro de Dios puede abrirle los ojos, puede rehabilitarle... ¡Dios mio! mi suerte está cumplida. Mi pobre hija se morirá y yo no podré sobrevivir á esta pérdida. Cúmplase la voluntad de Dios: Él sabe el castigo que yo merezco por mi desobediencia, por mi ingratitud hácia mis padres, y á mí solo me toca recibirle con resignacion y con humildad. Sea lo que Dios quiera.

Angelita empeoraba de dia en dia.

Su madre hacia esfuerzos increíbles; ya apenas dormia; cosia, cosia con febril actividad para ganar algo mas con que poder comprar alguna golosina para su hija que habia perdido las ganas de comer, y apenas se alimentaba ella misma: todo lo queria para su hija.

Lo que el médico habia dicho empe-

zaba á realizarse. Aquella flor delicada comenzaba á doblar la linda cabeza y á morir...

Rosita se desesperaba.

Decidióse á buscar á su marido.

No sabia lo que le iba á decir... pero su hija se moria y era preciso que su padre lo supiera, era preciso que ella hiciese un último esfuerzo para ablandar aquel empedernido corazon.

Pronto supo que Manolito estaba, al parecer, mas desahogado que antes, que habia aceptado un empleo humillante, eso sí, pero que le producía algun dinero; este empleo consistia,—y dispensadme, niños, que os lo explique, aunque en vuestra inocencia no lo entendais,—en manejar en una casa de juego el libro de las cuarenta hojas, ó sea la baraja, por cuenta de otra persona que ponía el capital, y á quien Manolito daba cuenta de las ganancias, reservándose el tanto por ciento estipulado de la totalidad de aquellas.—Bueno es, niños, que entendais que este oficio no lo acepta ningun hombre honrado y trabajador, como ningun hombre de bien pone jamás los piés en una casa de juego; pues ya creo habérselo dicho

en las páginas de esta sencilla novela: el juego es un vicio que solo males produce, cáncer asqueroso de la sociedad moderna y perdición de las familias. Nunca será bastante el horror que os inspire esa abominable pasión, en la que no caereis seguramente si desde la más tierna edad habeis cobrado afición al estudio y al trabajo, y vuestros padres os educan en el santo temor de Dios y el amor al prójimo.

Rosita tenía una vecina, una buena y humilde mujer, que le había tomado gran cariño, al verla tan desgraciada, y quedaba cuidando de Angelita cuando ella tenía que salir.

Rosita, habiendo averiguado cuál era aquella casa donde solía pasar la mayor parte de la noche su marido, decidióse por fin á ir á buscarle.

Salió de casa á las once de la noche, y con el velo echado, temblando, llena de miedo, se dirigió á la casa que le habían señalado.

Era en una plaza poco alumbrada, como la mayor parte de las de Madrid.

Rosita no podía sostenerse.

Quería pensar lo que había de decir á su marido, y no podía pensar. En su cerebro bullían en vertiginosa confusión las ideas... Su cabeza ardía, sus piernas flaqueaban... tenía que apoyarse en la pared para no caer.

Ya llegaba á la puerta de la casa... ¿Subiría?... ¿Qué iba á suceder allí?... ¿Irritaria á su marido que hubiera descubierto su madriguera?... ¿La esperaba acaso una humillación más terrible que todas?...

Todo esto pensaba Rosita y no sabía contestarse.

Al fin, poniendo como siempre en Dios la esperanza, subió los escalones

de aquella casa, y llamó á una puerta.

Un hombre de mal gesto abrió.

—¿Qué se le ofrece á V?...

Rosa, sin levantar el velo, contestó con voz ahogada:

—D. Manuel Morales... quisiera...

—D. Manuel está ocupado, respondió con mal humor el portero.

—Quisiera verle... quisiera pedirle...

—¿Pedirle?... A pedir á la calle... Aquí no se pide.

Y cerró la puerta bruscamente.

Rosa no tuvo fuerzas para insistir, y bajó.

En la puerta se detuvo.

—Le esperaré, dijo.

Y se sentó en el escalón de la puerta de aquella casa, y se arrebujó en la mantilla.

La noche era muy fría, pero Rosa no sentía el frío.

Tenía fiebre.

Esperó una hora, dos horas, tres horas.

Las calles estaban ya desiertas.

La luz que ardía en el farol del portal chisporroteaba apagándose.

De pronto oyó abrir la puerta del piso principal y voces de hombres que salían.

Rosa se levantó y se colocó en la acera, en la sombra, para ver á su marido cuando éste saliese.

Salieron muchos hombres, jóvenes, viejos, cantando, jurando, maldiciendo; y luego salió su marido hablando con otros dos.

—Esta noche me ha ido bien, decía el infame.

Rosa se acercó, estendió las manos... fué á hablar y no pudo.

—¡Vaya unas horas de pedir limosna! exclamó Manolito: pero esta noche, por excepción, voy á hacer una obra

de caridad. Toma, mujer, toma, y déjame en paz; no me digas que tu marido está en el hospital y que tienes siete hijos; toma y lárgate.

Y alargó á Rosa una moneda, un duro.

Y luego se alejó con sus compañeros.

Rosa quedó como clavada en aquel lugar, con la mano estendida y en ella la moneda que habia recibido de su marido.

—¡Una limosna! exclamó. ¡Me ha dado una limosna! ¡Hija mia, tu padre te ha dado una limosna!

Cuando Rosa volvió á su casa era muy tarde. Angelita dormia; la buena vecina velaba.

—¿Viene V. mala, vecina? le preguntó, viéndola entrar tan agitada y llorando.

—Sí, amiga mia, lo que me ha sucedido...

—¿Alguna desgracia?...

—¡Oh! no lo puedo calificar.

—Yo estaba ya con mucho cuidado, porque es muy tarde... Pero, ¿ha visto usted á su marido?

—Sí, le he visto.

—¿Y qué ha dicho?... Vendrá á ver á su hija, á ese ángel, que no merecia tener tan mal padre?...

—No le he hablado.

—Entonces...

—¿Duerme mi hija?...

—Sí señora, dormidita está la pobre; no ha despertado en toda la noche... como está tan postrada... ¡Angelito! parte el corazon oirla hablar de su mamá, de la pena que tendria su mamá si ella se muriera, y de que ella quiere morir antes que su mamá, porque no hace falta en el mundo y sí en el cielo

para pedir por su mamá, por sus abuelitos y por su papá.

—¡Hija de mi alma!

Angelita dormia en efecto; Rosa necesitaba desahogar su pecho, contar lo que le pasaba, encontrar un corazon que respondiera al suyo... Paulina, la vecina, era una buena mujer, un corazon de oro, y Rosa, la noble y antes orgullosa dama, no tenia reparo en llamarla su amiga. Verdad es que Paulina lo era, y mas sincera y mas desinteresada que todas las que habia tenido en los tiempos de su prosperidad, y que ya la habian abandonado. La desgracia hace amistades mas sólidas que la fortuna.

—He visto, dijo, á mi marido, le he esperado á la puerta de la casa donde pasa las noches, y al acercarme á él ha creido sin duda que le iba á pedir limosna, y me la ha dado, me ha dado esta moneda de veinte reales.

—¡Jesús!

—¿Qué haré, señora Paulina?..... Aconséjeme V.

—¡No la habrá conocido á V.!

—Imposible.

—¿Con que puede dar limosnas de veinte reales, y deja morir de hambre, ó poco menos, á su mujer y á su hija?... ¿Qué ha de hacer V.? Emplear ese dinero en alivio de su hija.

—Pero este dinero... es dinero maldito, mal ganado.

—Usted no tiene que ver con eso; se lo ha dado á V. su marido, el que la debe proteccion y amparo, y V. debe aceptarlo por su hija.

—¡Oh! Sí, por mi hija. Mañana tendrá esa botella de medicina que dicen que es tan buena y que no la he podido comprar todavía.

—La Providencia ha sido la que ha hecho eso, señora.

El día siguiente, Angelita tuvo la medicina, y le hizo mucho bien en efecto; pero su madre recibió un golpe cruel. En la tienda donde le daban trabajo, le dijeron que no había más trabajo.

Rosita buscó en vano en otras tiendas; la época era muy mala; la penuria general y la escasez de trabajo se hacía sentir en todas partes.

Esta desgracia era la muerte de su hija y de ella misma...

Nada tenía que vender, nada. El dueño de la casa donde vivían iba acaso á reclamar el pago de los alquileres, ya atrasado.

Rosa pensó que no tenía más recurso que pedir limosna, pedir limosna á su marido.

Y volvió cuatro días después, cuando agotó sus recursos todos, á la casa donde su marido pasaba gran parte de la noche.

Cuando le vió salir, estendió la mano.

—¡Calle! exclamó Manolito; parece que esta mujer adivina cuando me da bien el naípe; toma, toma.

Y le dió otro duro.

Manolito era pródigo cuando tenía dinero; solamente con su mujer y su hija era cruel y avaro el infame. Encenagado en el vicio no se acordaba de ellas.

Rosa volvió otra vez y otras; volvía cuando se le acababa la limosna recibida.

—Pues señor, decía el marido, esta mujer es bruja; no viene más que cuando gano.

La casualidad hacía que en efecto sucediera así.

Otros concurrentes á la casa de juego, preocupados con la coincidencia referida por Manolito, de que aquella pobre no se presentaba más que las noches en que él había ganado en el juego, se propusieron darle limosna.

Pero Rosa no la tomaba.

Esto chocó mucho á todos, y comenzaron las suposiciones y los comentarios.

Hiciéronla preguntas, pero Rosa no contestaba, y se retiraba.

La pobre mujer hubiera querido tener trabajo para no ir á pedir limosna á su marido, pero no lo encontraba, y no tenía más remedio que utilizar aquel recurso para conservar la vida de su hija, que mejor alimentada y medicada, había comenzado ya á sentir alivio.

Sin embargo, Rosa se proponía no volver en cuanto tuviese medios de ganar el pan, como antes, con el trabajo de sus manos.

Desgraciadamente continuaba la escasez de trabajo.

Rosa veía que su hija se mejoraba, y esto la alentaba á continuar recibiendo la limosna que le daba su marido.

Su presencia llegó á preocupar á este.

—¿Quién es esta mujer?... se preguntaba.

El miserable tenía la conciencia tan dormida, que no le gritaba:

«Esa mujer es la tuya, la tuya que pide limosna para su hija.»

La suerte entretanto le favorecía. El tanto por ciento que cobraba por desmenuar aquel miserable deshonesto oficio, era cada día mayor.

Una noche dió cinco duros á la mendiga. Rosa no volvió en diez días.

(Se concluirá.)

AUTÓGRAFOS DE ESCRITORES CONTEMPORANEOS.

Hacer bien á los que nos
van ofendido de porrazos
eternas inflexible plenas de
la vida =

Para Subir del Circulo,
en que se agitan á veces
los hombres, de los Terribles
Cinco y de los Venis-
susos, no hay otro
medio que la brevedad,
la desconfianza y la
fuerza de brazos del
triumfo.

Responso y confu-
sion errada y de
nos engran deca y de
derecho de verbotu y en
Si desuacion de la y en
Sembrados,

Mmanuel Cortés

El autor de esta página autógrafa jurisperitos, una de las mas pu-
tiene un nombre bien conocido y repu- ras y brillantes glorias del foro es-
tado en España, por todos respetado. pañol.
Es sin disputa el primero de nuestros Todo el mundo habla con admiracion

AUTÓGRAFOS DE ESCRITORES CONTRAFORMAS.



Este chico es feliz; hace mas de un mes que está aturdiendo con el tambor á los vecinos del barrio de Maravillas, y excitando la envidia y la admiracion de todos los chicos del mismo barrio que no tienen tambor.

Sin embargo, le espera un pesar muy grande. Ese otro chico envidioso, un gran *amigo* suyo, ha formado el proyecto de romperle el tambor, y en cuanto se descuide le dará esa gran desazon.

Milagro será que la amistad no acabe en una cachetina tremenda.

y respeto de D. Manuel Cortina, hombre modesto, sábio, honrado y leal, que ha ocupado los primeros puestos de la nacion, y tiene una limpia y honrosísima historia de buenos servicios á su país.

UN GATO TRAVIESO.

(FÁBULA.)

Cascarrabias era un gato
De la piel de Satanás,
Que se pasaba los dias
Haciendo mal.

Hay que advertir que era cojo,
Pues, cierta vez, por saltar
Se rompió una piernecita
Sin más ni más.

Su padre, que era un *romano*
Persona de calidad,

Y su madre una de *Angola*
De mucha sal,
Los más prudentes consejos
De honradez y gravedad
Le daban á todas horas
Al perillan:

Mas éste, que era taimado,
Escuchaba sin chistar,
Y despues en todo hacia
Su voluntad.



¡Qué ufano y hueco va Antónito despues de haber empleado diez reales que le ha dado su tío en un tambor y un nacimiento! Ahora solo falta que mamá le compre las figuras para el nacimiento, porque un nacimiento sin figuras no es nacimiento.

Para conseguirlo será preciso que Antónito prometa ser mejor el año que viene, porque lo que es en este año ha sido bastante diabólico, dicho sea sin ánimo de ofenderle, y lo digo porque Antónito es un licenciado Vidriera; á quien todo le ofende.

—«¡A qué con tantos sermones
Día y noche me vendrán?
¡Qué gusto tienen los viejos
En fastidiar!
Yo soy jóven y soy rico,
Y es muy propio de mi edad
Divertirse hasta que el cuerpo
No pueda más.
Ya seré viejo, y entonces,
De cualquier atrocidad,
Me arrepentiré, y por fuerza
Seré formal.»—
Esto dijo Cascarrabias,
Y dispuesto á renovar
Las hazañas de costumbre,
¡Qué hizo el truan?
Cojeando, cojeando,

Como quien no quiere tal,
De un carnicero á la casa
Fué sin maullar;
Hurtó un cacho de ternera,
De la superior quizá,
Y echó á correr, celebrando
Su habilidad.
Mas la cuchilla del dueño
Le alcanzó en su fuga, y ¡zas!
Allí acabaron los días
Del criminal.

—
*Quien mal anda, mal acaba;
Y no se debe aguardar,
Para enmendarse, á ser viejo...
¡Sabes tú si lo serás?*

A.